

## 2. ¿Qué se hizo de aquella fábrica de sueños?

**A**SOMARSE a la cartelera cinematográfica en busca de una película para descansar de la fatiga acumulada en el trabajo o para airear la cabeza un poco o para darle ánimos a un corazón deprimido, resulta una tarea cada día más difícil. En ocasiones, tan ciclópea que se acaba por desistir, ponerse en zapatillas y refugiarse en la televisión. Al menos allí no te cobran el mal rato, aunque no siempre, claro.

El cine actual está repleto de historias sin salida, de personajes extravagantes cuando no extraterrestres o irremediable carne de psiquiatra, de escenas indigestas para la sensibilidad de los más, de absurdos planteamientos creados para desconectar al personal, de asesinos varios ya sean aislados o en serie, de catástrofes naturales y artificiales, de atolondramientos festivos que no llevan a ninguna parte o de dramas lacrimógenos sin enjundia, de violaciones traumáticas, de gente que huye o de perseguidores compulsivos, de misterios más feroces que sugerentes, de inquietantes presencias, de mutaciones incontroladas e imprevisibles, de bestias increíbles, de explosiones, golpes, sangre y gritos. Hay también alguna que otra comedia relajante y divertida, incluso a veces afloran los buenos sentimientos. Pero qué colosal desproporción, señores.

Las películas están perdiendo su verdadera magia, su capacidad para alimentar los sueños de los hombres y mujeres que acuden a la sala oscura buscando ese mundo que debería ser, o al menos para olvidar durante un par de horas el que realmente es. Los símbolos emergentes de las nuevas modas cinematográficas están en su mayoría muy lejos de constituir ese campo de sugerencias, de evocación o de reflejo social en el que los espectadores se ven o se imaginan a sí mismos. Los creativos, los artistas, tienen la grave responsabilidad de inspirarnos vida al tiempo que nos entretienen. Y por este camino nos abruman y nos debilitan la esperanza. El potencial educativo, la trascendental tarea convivencial del cine se diluye y malgasta. Se confunde la emoción con la pura sensación. Invitar a la reflexión ya no interesa. Lo que cuenta es el deslumbramiento incontrolado. Corremos el peligro de hacer de la fábrica de sueños una horrenda máquina de pesadillas.

L. U.